



Artículo: Puntualizaciones sobre la nobleza de una profesión: carta abierta a un joven aspirante a historiador
Autor(es): Río, Ignacio del
Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM
Número: 90
Año: 2011
ISSN edición impresa: 0187-182X
ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Río, Ignacio del. "Puntualizaciones sobre la nobleza de una profesión: carta abierta a un joven aspirante a historiador" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 90 (2011): p. 27-30. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM, <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3549>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México
Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución:
departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Puntualizaciones sobre la nobleza de una profesión.
Carta abierta a un joven aspirante a historiador

Ignacio del Río

Instituto de Investigaciones Históricas de la
Universidad Nacional Autónoma de México

Octubre de 2010

Muy estimado amigo y casi colega:

Quiero compartir con usted estas reflexiones que estoy seguro que serán de su interés, como lo han sido del mío desde hace ya largo tiempo. Toca cuestiones que resultan de capital importancia para todo historiador, pero que no son en modo alguno de su exclusiva incumbencia. Al contrario: interesan al historiador como profesional precisamente porque atañen a los hombres todos, porque apuntan al problema de la singularidad de la naturaleza humana, porque, por ser cuestiones vitales, mucho pierden las sociedades o los individuos que las ignoran o se desentienden de ellas. Veamos:

1. El hombre se define como un ente histórico, como un ser en el tiempo. Es, al parecer, el único ente en el planeta con conciencia plena y clara de que su ser se va dando en el tiempo. Tiene facultades que de manera espontánea le permiten tener esa conciencia: la memoria personal (la particular de cada individuo) y la memoria colectiva o, digamos mejor, la memoria social (la que es compartida con otros hombres).
2. Tiene el hombre además otra capacidad que le permite recuperar las infinitas y abigarradas imágenes de su trayectoria en el tiempo: la de elaborar visiones que le den sentido a lo que ha sido su pasado social y lo hagan inteligible para él. Esto lo logra construyendo una visión que se quiere integradora y que cumpla el requisito de la veracidad, esa visión que los historiadores tratamos de ofrecer.
3. La historia en tanto visión del pasado no sólo asegura la relativa permanencia de lo que se estima memorable; es la que permite que el pasado se actualice y devenga materia constitutiva de la conciencia histórica, es decir, la conciencia de que los hombres nos formamos en el tiempo y que sólo podemos saber qué somos si nos observamos en una perspectiva temporal de amplia comprensión y largo plazo. Dice el historiador francés

Raymond Aron: “El hombre no tiene realmente un pasado más que si tiene conciencia de tenerlo”. Esta idea podría complementarse así: al hombre sólo se le revela su humanidad en la medida en que conoce su pasado.

4. No basta que el hombre sea un ente que se da en el tiempo; es necesario que sepa qué es lo que eso significa y que asuma que su ser actual es deudor del ser que antes fue. La historia, dice otro historiador, el holandés Johan Huizinga, es la forma en que una sociedad se rinde cuentas de su pasado. Diremos nosotros: la historia es la forma en que toda sociedad pone en claro sus nexos de origen con las sociedades que le son antecedentes.
5. Aportar elementos que contribuyan a dar forma a la conciencia histórica de hoy es una función de no menor importancia; por eso es que la obra de los historiadores, o sea, la obra historiográfica, puede tener una trascendencia social contrastante con lo que es la escasa vistosidad del trabajo del historiador en el archivo, la biblioteca o el gabinete de estudio. Se ha dicho que el ser modelador privilegiado de la conciencia histórica coloca al historiador en una posición de poder, de un poder que no es posible ejercer directamente ni con violencia pero que llega a tener efectos decisivos en las mentalidades colectivas, razón por la que resulta obligado manejarlo en todo caso con el más alto sentido de responsabilidad social. La honestidad intelectual y el compromiso social deben ser, recuérdelo bien, rasgos irrenunciables de todo historiador.
6. La historia estudia a los hombres en el tiempo, en ese tiempo histórico que comprende y funde de alguna manera pasado y presente. Es la ciencia que, según decía Marc Bloch, une “el estudio de los muertos con el de los vivos”. No debe engañarnos el hecho de que la mirada del historiador se dirija hacia el pasado. El objeto del análisis histórico es, sí, el pasado, pero no para evadirse del presente; lo que se pretende comprender mediante tal análisis es al hombre uno y diverso en su *continuum* temporal, en ese tiempo histórico único, sin soluciones de continuidad y siempre en expansión, siempre en proyección hacia el futuro.
7. La división del tiempo histórico en pasado y presente es puramente convencional. En realidad, el pasado se extiende hasta la línea generatriz que separa la realidad histórica que ha sido —cuyo límite más actual es el presente— de la que podría deparar el futuro, que es puramente potencial y, por tanto, incierta. A su vez, el presente, pese a no tener más duración que la del fugaz instante de su advenimiento, se cristaliza y perdura, no sólo en lo que los arqueólogos llaman la cultura material sino también en las otras expresiones de la cultura que se manifiestan en los comportamientos humanos o permanecen como meras constancias de la acción de los hombres sobre la tierra o como productos de la capacidad cognitiva de éstos. Nada más intangible que las ideas, y aun ellas pueden llegar a objetivarse y perdurar. Los libros impresos y, en general, los diversos manuscritos

tos son, entre otros elementos, medios de perpetuación del pensamiento humano, el que se genera siempre en un presente dado.

8. Los hombres nos vamos transformando al paso del tiempo; como en la fluvial metáfora de Heráclito, somos los mismos y, a la vez, diferentes de nuestros ancestros. Al otear en el pasado busca el historiador conocer al “otro” y comprenderlo, que es una forma de ver en ese otro algo de sí mismo, algo de lo que uno mismo es en tanto ente social. Vale la afirmación de que la historia es la “ciencia del hombre social en la permanencia y el cambio”. La historia devela, en efecto, la parte originaria de nuestra humanidad y la integra a lo humano nuevo para poner ante nuestros ojos —vale decir, para fijar en nuestra conciencia— una imagen cabal, aunque igualmente precaria, de lo que hemos llegado a ser todos los de la especie humana.
9. Si, como se reconoce, los historiadores somos “mediadores entre los hombres del pasado y... [nuestra] propia sociedad”, tenemos que reconocer también que ésa es una mediación que tiene que actualizarse sin cesar porque la sociedad presente nunca continúa siendo enteramente la misma ni examina su pasado desde un mismo horizonte sociocultural. La historia escrita, la historiografía, puede ser iluminadora (siempre con sus límites), pero nunca ofrece visiones terminales, definitivas. Se tiene que estar reelaborando continuamente no porque sea una visión de suyo falsa y por tanto sustituible o intercambiable a capricho, sino porque la plataforma de observación, el presente, se encuentra en constante y a veces radical cambio. Hoy somos unos hombres los que miramos hacia el pasado, mañana serán otros los que lancen su mirada en la misma dirección y nos observen a nosotros. Precisamente porque las sociedades cambian, porque se hallan en continua transformación, todas necesitan contar con sus historiadores. No es la nuestra una especie profesional de la que se pueda prescindir sin graves consecuencias.
10. Una simplificación obligada por razones didácticas nos ha hecho repetir de manera escueta que la historia es el estudio del pasado del hombre. A los menos avisados esto los lleva a pensar que se trata de un pasado ya cercano, ya lejano respecto de nuestro presente, pero que nos es en buena medida ajeno porque ya sucedió. De allí no hay más que un paso para caer en la burda idea de que el conocimiento histórico es prescindible, de que podemos habérnosla sin él, como si se tratara de un conocimiento opcional, de mero adorno, un conocimiento buscado sólo por la curiosidad de algunos eruditos profesionales o de simples colectores de antigüallas.
11. La consideración anterior se refuerza por la idea, totalmente equivocada pero lamentablemente muy generalizada, de que la historia es un conjunto de informes sobre hechos humanos sucedidos y el historiador un mero transmisor de ese tipo de información. Cuánta gente cree que el saber histórico consiste en una interminable lista de fechas y nombres de lugares

y personas. Usted y yo debemos saberlo muy bien: el objeto de la historia no es simplemente el de informar sobre hechos del pasado sino el de explicar aquellos procesos históricos que las distintas generaciones humanas vamos teniendo por determinantes y significativos. Explicar quiere decir no sólo dar cuenta sino también dar razón de lo sucedido. Informar es lo fácil, explicar es el gran reto para los historiadores.

12. La obra del historiador no tendría sentido si en última instancia no se proyectara sobre la sociedad o, para decirlo con menos soberbia y más realismo, sobre parte de los sectores más receptivos y sensibles de la sociedad. No es —o no debe ser— un conocimiento de iniciados sino de todos aquellos que se sientan llamados a buscarlo y hacerlo suyo. Hemos dicho, y hay que repetirlo, que ese conocimiento está destinado a nutrir la conciencia histórica de las sociedades que son y de las que serán en la posteridad. Si el historiador se afana por construir ese conocimiento mediante el examen de las evidencias que han dejado los hechos del pasado, siempre espera que el fruto de su trabajo tenga alguna incidencia en el tiempo presente y mantenga su relativa validez en el tiempo por venir.

Verá en suma, amigo mío, que nuestra profesión nos atrae a los historiadores una gran responsabilidad. Prepárese usted lo mejor que pueda para que, en su momento, llegue a hacerse cargo de esa responsabilidad de la manera más competente y digna. □

Cordialmente,
IGNACIO DEL RÍO

